

Una alabarda procedente del valle del Manzanares (Madrid)

MIGUEL ANGEL DE BLAS CORTINA

RESUMEN: Se estudia una alabarda metálica procedente —sin datos precisos de su localización— del valle del Manzanares (Madrid). Posiblemente apareciera con otros materiales (¿puntas Palmela?), pero el hecho no pudo ser comprobado.

Fundida en un molde monovalvo que proporciona un acabado homogéneo a una sola de las caras, se integra metalúrgicamente en el grupo E 01 (cobres arsenicales) propio de la Península Ibérica durante el Calcolítico y el Bronce Antiguo.

Tipológicamente puede ser clasificada como integrante del grupo *Carrapatos* al que pertenecen un conjunto de alabardas procedentes del N.E. de Portugal (Bragança y Tras os Montes) del que se conocen escasos testimonios fuera del área característica. Especialmente significativo es el hallazgo de la finca de la Paloma (Pantoja, Toledo) que muestra la asociación entre las alabardas *Carrapatos* y elementos propios del campaniforme tardío de España y Portugal, circunstancia que permite fechar el tipo entre el 1700-1500 a. de J.C., datación similar a las fechas admitidas para las alabardas irlandesas con las que algunos autores ven posibles relaciones.

La existencia de alabardas grabadas en estelas más tardías o en rocas al aire libre plantea el problema de su perduración. No obstante, el carácter simbólico de las armas grabadas puede hacer que sea solamente la imagen representada la que superviva, aunque el arma como tal haya perdido vigencia.

La alabarda del Manzanares, junto con las de Pantoja, señala la presencia en la Meseta Sur de elementos metalúrgicos propios del N.W. de la Península en un momento sincrónico con las fases finales del campaniforme.

SUMMARY: We study a metallic halberd found in an indeterminate place in the valley of the river Manzanares (Madrid). It might have appeared with other materials (Palmela Points?), although this fact could not be confirmed.

Made in a single-faced mould which allows a homogeneous finish to only one of the sides, it belongs from the metallurgical point of view in the group E 01 (copper with arsenic) characteristic of the Iberian Peninsula during the Early Bronze Age.

Typologically, it can be classified as belonging to the group of the *Carrapatos*, which includes a number of halberds found in Northeastern Portugal (Bragança and Tras os Montes), and very scantily represented outside the area concerned. Particularly significant is the find of Finca de la Paloma (Pantoja, Toledo) which shows the relation between the *Carrapatos* halberds and features characteristic of the late Bell Beaker of Spain and Portugal, and which allows the dating of this type between 1700 and 1500 B.C., a date similar to the one generally admitted for the Irish halberds with which some investigators have seen possible connections.

The existence of engravings representing halberds in stellae belonging to later periods or on rocks in the open air posits the problem of their survival. Nevertheless, the symbolic character of the weapons carved on the stellae leaves open the possibility that only the image of the weapon survives whereas the weapon itself has gone out of use.

The halberd found in the Manzanares, and of course those of Pantoja, points out to the existence in the South Meseta of metallurgical elements characteristic of the North-West of the Peninsula at a period which coincides with the final phases of the Bell Beaker Culture.

En noviembre de 1978 don Miguel Cimadevilla entregó para su estudio en el Departamento de Prehistoria de la Universidad de Oviedo una alabarda metálica procedente de la provincia de Madrid. Días después su propietario don Manuel Cimadevilla, hermano del anterior, decidió la cesión definitiva de la pieza al citado Departamento para que éste arbitrara qué organismo o institución se haría cargo, finalmente, del objeto¹.

Los distintos cambios de propietario de la alabarda hacen que las circunstancias de su hallazgo resulten escasas y oscuras. Tras pasar, por lo menos, por cuatro manos diferentes el único dato que resulta seguro es el de su origen en algún lugar imprecisable del valle del río Manzanares, en la provincia de Madrid. En cuanto a la forma de localización se pudo establecer que quedó al descubierto junto con varios materiales más al realizar las obras de cimentación de un edificio. Resultó imposible, asimismo, aclarar si el conjunto de elementos exhumado se integraba en algún tipo específico de estructura de hábitat o enterramiento o sí, por el contrario, se trataba simplemente de un depósito de materiales metálicos.

Los demás elementos hallados en asociación con la alabarda —materiales de paradero desconocido en la actualidad— eran también metálicos. La información llegada al último propietario señalaba dos «falcatas» y una punta de flecha. Esta última tendría un marcado parecido con las puntas de tipo Palmela según la opinión de nuestro informante, tras mostrarle reproducciones gráficas de diversos repertorios de instrumentos metálicos de época prehistórica.

* * *

Se trata de una alabarda metálica, sólida, provista de una amplia hoja y de una placa de enmangue con tres perforaciones.

La hoja es larga y ancha con los lados rectoconvexos, convergiendo en una punta redondeada, sobre los que, en ambas caras, corren dos biseles que determinan el adelgazamiento de los bordes. Está reforzada la hoja por una fuerte nervadura que arrancando de las inmediaciones del extremo distal (el frente activo del instrumento) y —ensanchándose

ligeramente— alcanza la placa de enmangue en las inmediaciones de los orificios que en ella se abren.

La placa adopta la forma de una espiga o lengüeta de sección lenticular y lados cóncavos. Los orificios de paso de los remaches son circulares y están situados de manera que determinan un triángulo con el vértice superior, definido por la perforación más alta, próximo al final de lengüeta. La apertura de los mismos se practicó desde ambas caras adquiriendo las perforaciones un perfil bicónico. En una de las caras (fig. 3,A) se conservan todavía unas ligeras rebabas alrededor de los orificios que presentan huellas de haber sido martilladas parcialmente; en la cara opuesta las rebabas aparecen limadas. El acabado del instrumento se realizó a percusión con un batido sobre toda la periferia, visible especialmente sobre los bordes de la placa de enmangue y en distintos puntos de la misma.

Un hecho que se pone de manifiesto al analizar detenidamente las dos caras de la pieza es que tienen un acabado cualitativamente distinto. La cara que denominaremos A (figs. 1 y 2) presenta en general una superficie más homogénea. Además, la nervadura destaca por la regularidad de su perfil y por el trazo rectilíneo y firme de los bordes. La cara opuesta (fig. 2,B), por el contrario, es más irregular y aplanada con el nervio peor dibujado y escasamente resaltado en el arranque, en las proximidades de la placa de enmangue y en la unión con el ápice de la hoja. Todo ello manifiesta que el batido e incluso el punzón jugaron un papel importante en su fabricación.

De estas observaciones resulta verosímil deducir el empleo de un molde monovalvo y bien perfilado, del que saldría una pieza con una superficie prácticamente terminada —a excepción del martillado final complementario— y otra opuesta que debería ser tratada, posteriormente, en frío.

La disposición de la hoja con respecto al desaparecido mango queda establecida por una banda de oxidación y ligera corrosión que dispuesta oblicuamente determina una línea fácilmente visible, en la base de la lengüeta, sobre ambas caras de la pieza. Estas corrosiones están más desarrolladas, en general, en todo este sector ocupado primitivamente

¹ Se ha previsto que dada su procedencia pase la alabarda a los fondos del Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

Queremos señalar aquí la ayuda recibida en la parte gráfica. Las fotografías de la alabarda se deben a J. Fortea. Las

microfotografías fueron realizadas por D. Botas del Laboratorio de Investigación y Control de la Real Compañía Asturiana de Minas. El dibujo es del autor del artículo.

por el mango ². Esta circunstancia permite conocer la antigua disposición del astil cuyo eje formaría un ángulo agudo con respecto al eje central de la alabarda ³.

En conjunto se conserva en buen estado con melladuras sobre los bordes y extremos de la hoja. La superficie aparece poco alterada estando poco desarrolladas las costras de oxidación y las formaciones de carbonatos.

Sus dimensiones son: longitud máxima, 226 mm.; anchura máxima en el arranque de la placa de enmangue, 59 mm.; grosor máximo, 6 mm.

ESTUDIO METALÚRGICO

El análisis espectrográfico de la alabarda mostró claramente la presencia dominante de cobre y las trazas correspondientes a la plata y al arsénico. Una muestra tomada de la nervadura para su análisis cuantitativo dio el siguiente resultado ⁴:

$$\text{Ag} = 0,0237 \% ; \text{As} = 3,01 \%$$

Estas proporciones muestran que la pieza está compuesta de un cobre arsenical propio de la metalurgia de la Península Ibérica durante el Calcolítico y el Bronce Antiguo. La presencia de As en una cantidad que encaja en los márgenes habituales para estos cobres (0,1 a 6 %) permite incluirla en el grupo metalúrgico E 01 en el que se integran los cobres de estas características, comunes en la Península ⁵. Los

² La impronta de una masa fibrosa sobre la alabarda, en la zona de enmangue, fue en numerosos casos el criterio seguido para distinguir las alabardas de los puñales. Cfr. O'RIORDAIN, S. P.: *The Halberd in Bronze Age Europe*, en *Archaeologia*, 86, 1937, 236 y s.s.; DECHELETTE, J.: *Manuel d'Archéologie préhistorique, celtique et gallo-romaine*. II. Paris, 1910, 197-198.

³ Esta disimetría del mango con respecto a la hoja es común en las alabardas, a diferencia de la impronta siempre simétrica que deja el enmangue de los puñales. BRIARD, J.: *Les dépôts bretons et l'Age du Bronze Atlantique*. Travaux du Laboratoire d'Anthropologie Préhistorique de la Faculté des Sciences de Rennes. Rennes, 1965, pág. 65.

⁴ Tanto el análisis químico como el espectrográfico fueron realizados en el Laboratorio de Investigación y Control de la Real Compañía Asturiana de Minas, gracias al interés de don Antonio Castro Troncoso y don César Aldecoa.

⁵ JUNGHANS, S.; SANGMEISTER, E. y SCHRÖDER, M.: *Ausbreitung der frühesten Metallurgie in Europa während der Kupfer-und-Frühbronzezeit*, S.A.M., Berlin, 1968.

Sin embargo ahora el análisis único para una pieza es considerado poco seguro ya que el proceso metalúrgico implica concentraciones distintas de elementos según las diferentes áreas de un producto, tendiéndose a la toma de muestras múltiples. Cfr.: MCKERRILL, H. y TYLECOTE, R. F.: *The working of copper-arsenic alloys in the Early Bronze Age and the effect on the determination of Provenance*, en *Proceedings of the Prehistoric Society*, 1972, 209 y ss.

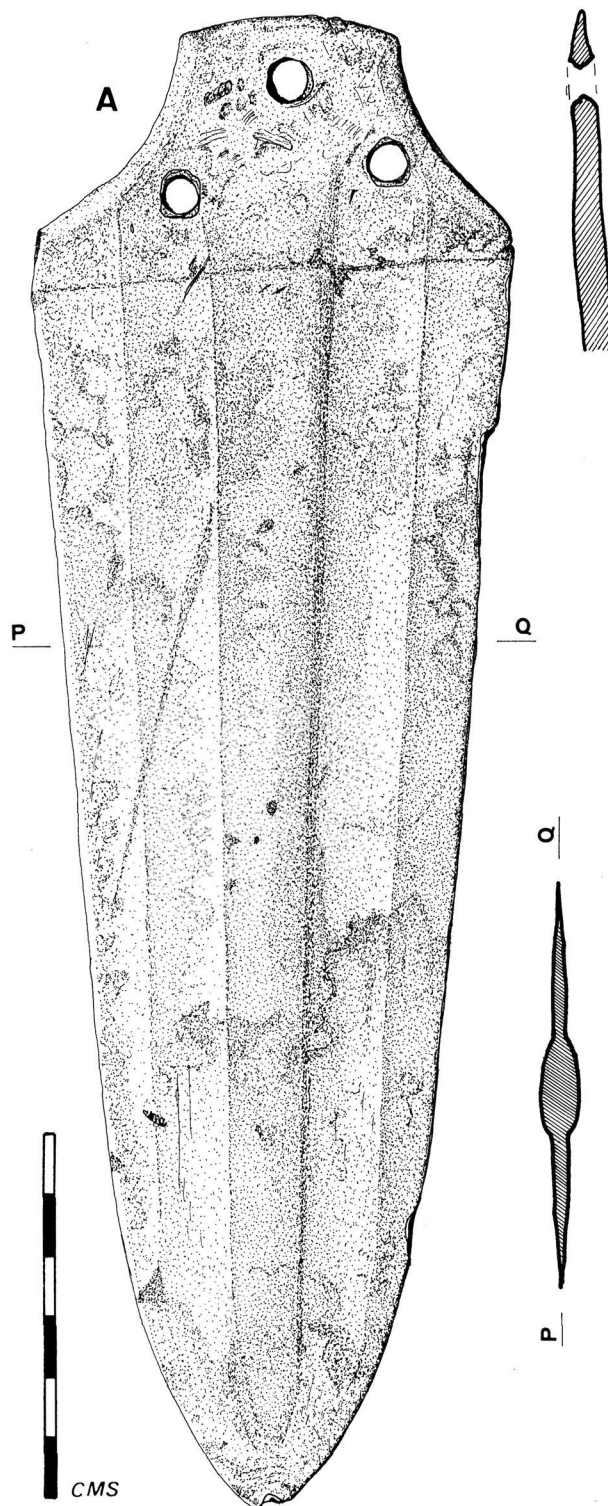


FIG. 1

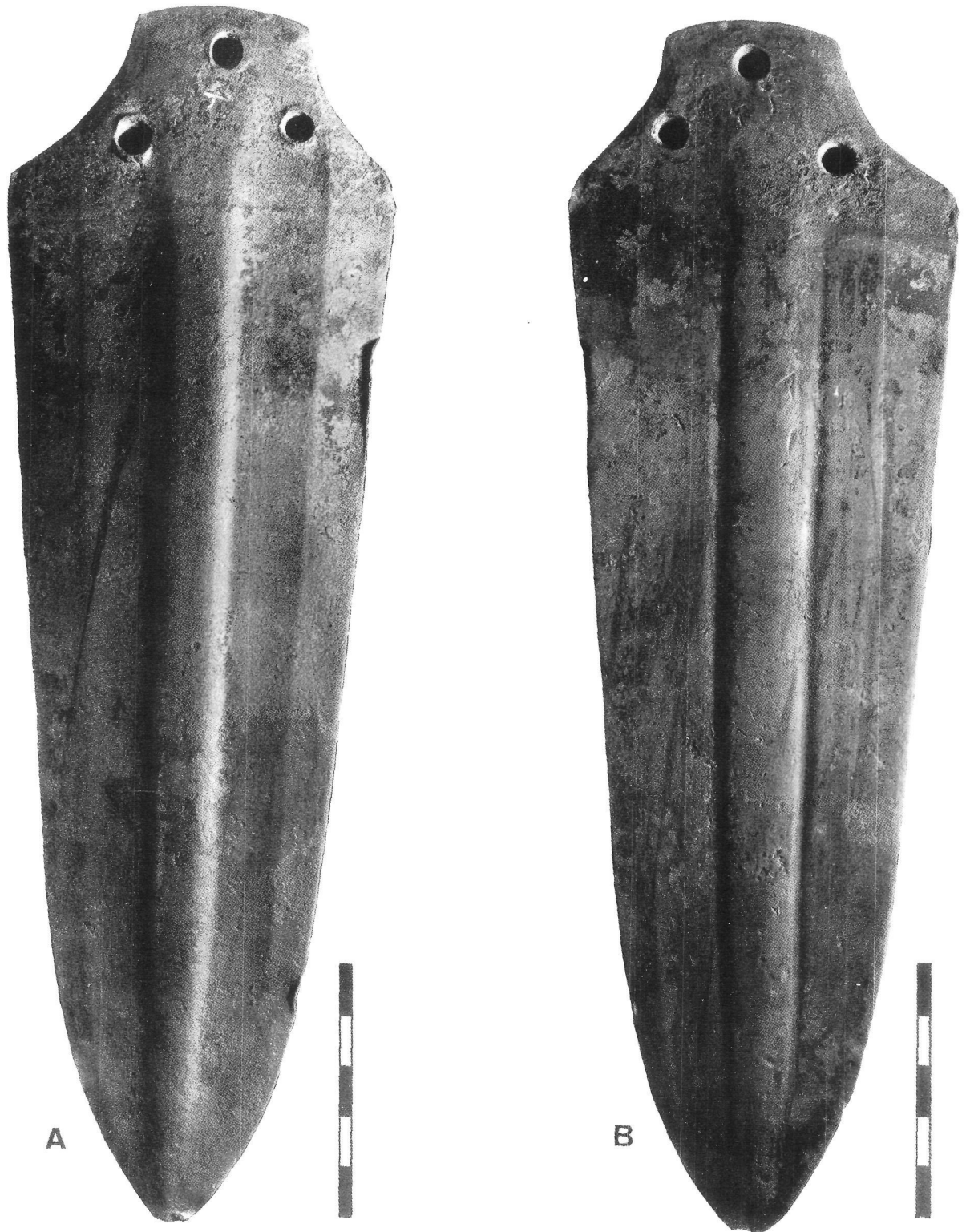


FIG. 2

mismos componentes presentes en la alabarda del valle del Manzanares se repiten en un tipo preciso de armas similares denominado «Carrapatas», en el que se incluye —según se indica más adelante— este ejemplar madrileño. En todas ellas el arsénico es alto cuantitativamente, llegando a superar en algunas el 9 %, entrando la plata en proporciones centesimales⁶.

Este mismo *cobre arsenical* del grupo E 01 ibérico es propio de la metalurgia argárica y fue empleado en otras alabardas tipológicamente distintas de las que aquí se estudian, pero integrables en una etapa cronológicamente sincrónica, como las piezas poco características procedentes de la Atalayuela (Valencia)⁷.

La composición cuantitativa y cualitativa de las piezas Carrapatas induce a considerar el parentesco —habitualmente tenido en cuenta— con objetos similares británicos e irlandeses, argumento que incrementaría las razones en pro de unas relaciones tempranas en el área atlántica durante la Edad del Bronce, generalmente montadas sobre los paralelismos tipológicos⁸.

No obstante la aparente firmeza que confiere la presencia de componentes muy característicos en estas producciones metalúrgicas, resulta difícil valorar el alto porcentaje en *As* cuyo origen, si bien normalmente habría que atribuirlo a la propia constitución de la menas empleadas, podría residir en otros casos en una posible preferencia por las aleaciones arsenicales⁹. Las ventajas del empleo de este elemento no son desdeñables, sobre todo si consideramos la dureza que proporciona al producto final.

Cabría pensar, por otro lado, que la ausencia o presencia de estaño no tiene por qué ser necesariamente significativa. La aleación binaria *Cu/Sn*,

junto con la *Cu/As*, está presente ya en materiales de Wessex I¹⁰. En la Península Ibérica las tradiciones argáricas y campaniformes continuaron utilizando cobre arsenical hasta un momento avanzado del segundo milenio a. de J.C.¹¹.

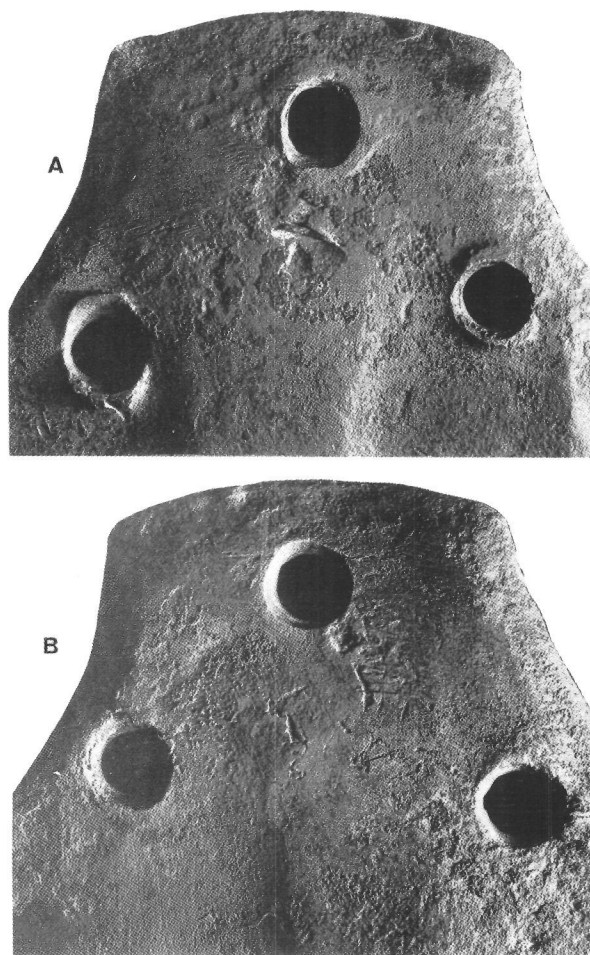


FIG. 3

⁶ HARRISON, R. J.: *Ireland and Spain in the Early Bronze Age*, Journal of the Royal Society of Antiquaries of Ireland, 1974, pág. 69. CARDOÇO, M.: *Breves observações a propósito das análises espectrográficas de alguns instrumentos metálicos da Idade do Bronze, pertencentes ao Museu de «Martins Sarmento»*. Rev. Guimarães, vol. LXX, 1960, 169-184.

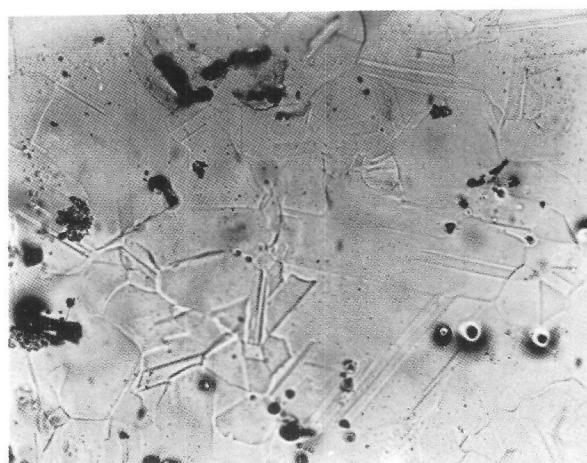
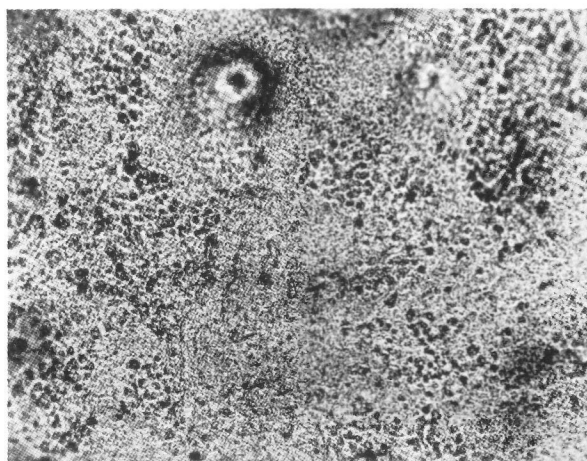
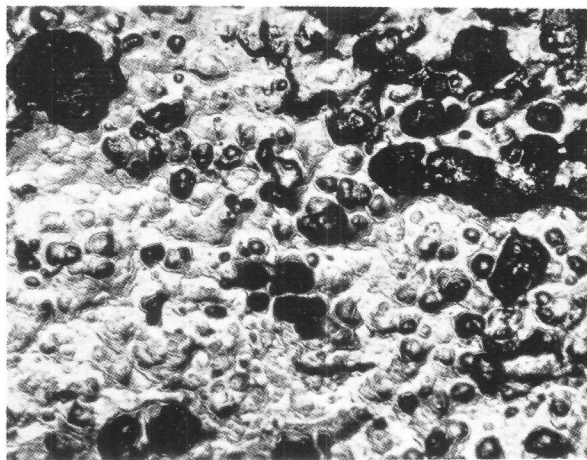
⁷ BLANCE, B.: *Estudio espectrográfico de algunos objetos metálicos del Museo de Prehistoria de la Diputación de Valencia*, en «Archivo de Prehistoria Levantina», vol. VIII, MCMLIX, 163-173.

⁸ SANGMEISTER señaló que —metalúrgicamente— el grupo de Bretaña y de Inglaterra en la época de la civilización de Wessex, presenta un estrecho parentesco con el N.O. de España más que con la Europa Central. Cfr.: *Les civilisations Atlantiques*. Rennes, 1963, pág. 96 (Coloquio).

⁹ HARRISON, *Ireland and Spain...*, pág. 60.

¹⁰ TYLECOTTE, R. F.: *Metallurgy in Archaeology. A Prehistory of Metallurgy in the British Isles*. London, 1962, pág. 319 y ss. y pág. 58, tabla 23. En la Península Ibérica en algunos materiales localizados en medios eneolíticos se detectó estaño en proporciones notables que convierten los productos así obtenidos en auténticos bronce. Bien es cierto que estadísticamente son testimonios poco cuantiosos a los que además se les asigna una cronología posterior con respecto al conjunto en el que se insertan. Tal ocurre con algunos objetos metálicos de Vilanova São Pedro. DA VEIGA FERREIRA, O. da: *La culture du Vase Campaniforme au Portugal*. Serviços Geológicos de Portugal. Lisboa, 1966.

¹¹ SAVORY, H. N.: *Espanha e Portugal* (versión portuguesa del original en inglés). Lisboa, 1971, pág. 219.



FIGS. 4, 5 y 6

En definitiva, la información que pueda derivarse del estudio de las impurezas localizadas en los componentes básicos de los productos metalúrgicos de la Edad del Bronce peninsular sólo tendrá una proyección práctica cuando puedan ponerse en relación con un repertorio completo de análisis de menas procedentes de mineralizaciones en las que exista la certeza de su explotación en tiempos prehistóricos o de que su aprovechamiento haya sido posible.

Para el estudio metalográfico se procedió a la toma de microfotografías de la nervadura de la hoja y de los biseles marginales de la misma con el objeto de completar al máximo la información sobre el proceso de formación de la alabarda. No nos fue posible, en el corto intervalo entre los análisis y la redacción de esta nota, disponer de una interpretación pormenorizada de dicho material gráfico que, no obstante, reproducimos parcialmente puesto que estimamos pertinente que este tipo de datos se incluyan en la descripción de materiales metálicos, al igual que se definen rebabas de fundición, marcas visibles de batido, huellas macroscópicas varias, etc.

La microfotografía de la figura 4 —tomada sobre un sector pulido químicamente con ácidos nítrico, fosfórico y acético a partes iguales— muestra una estructura con aspecto de colada en arena, en la que las zonas claras corresponden a la solución rica en cobre, apreciándose las cavidades de contracción (aumentos: 100 x). En la fig. 5 (aumentos 400 x) correspondiente a un sector sometido previamente a pulido y ataque electrolytico con solución de sulfato ferroso, se aprecia la segregación interna en las dendritas de solución sólida rica en cobre, con cavidades de contracción. Finalmente en la fig. 6 se recoge la microfotografía (aumentos 400 x) en un punto pulido electrolyticamente y con ácido fosfórico, en la que la estructura de cristalización presenta mallas de deformación con la aparición de impurezas y cavidades de contracción.

TIPOLOGÍA

Los diferentes tipos de alabardas conocidos hasta el momento en la Península Ibérica se agrupan en tres bloques bien diferenciados, entre sí, morfológicamente.

El primero de ellos está constituido por las alabardas argáricas que se caracterizan por su nervio central, por la placa de enmangue extendida lateral-

mente y por una hoja larga y estrecha. Este tipo es prácticamente desconocido fuera de la zona en la que surgió y se instaló la cultura de El Argar (Almería, Granada, Murcia y Alicante). En cuanto a su ubicación, cabe, de acuerdo con la información allegada, situarlo en la fase A según la terminología de Blance.

Un segundo grupo es el conocido como *Montejicar*, con unas peculiaridades formales que lo diferencian fácilmente de los otros dos. La hoja es generalmente fuerte con sección romboidal, o la nervadura central bien diferenciada de la hoja, a veces con unos apéndices ligeramente desarrollados y con una longitud que puede superar el grosor del astil. En las proximidades de la hoja y la placa de fijación al mango aparecen dos remaches. Los ejemplares conocidos de este tipo proceden del tercio meridional de la Península, desde el S.E. al Algarve. La forma poco común de estas alabardas hace que sus posibles orígenes puedan rastrearse en el mundo Mediterráneo, tal vez en relación con espadas del área Egea. Las circunstancias concurrentes en el hallazgo de los ejemplares catalogados permiten —si se aceptan las hipótesis desarrolladas por Schubart— situarlas temporalmente en un momento referible al Argar B; más tardías, por tanto, que las alabardas argáricas clásicas¹².

Componen el tercer grupo las denominadas alabardas *portuguesas* detectadas inicialmente en el Norte de Portugal (Bragança y Tras os Montes) en torno a la decena de piezas, también conocidas como alabardas *Carrapatas* por el lugar de hallazgo de dos de los ejemplares más característicos. Tipológicamente se definen con una hoja ancha de fuerte nervio central y biseles marginales enmarcados por estriaciones decorativas. La placa de empuñadura es corta y convexa a

modo de espiga sólo ligeramente insinuada y tres perforaciones. Estos atributos se mantienen muy uniformes en los ejemplares portugueses. Existen además otras alabardas fuera de esta área que guardan un considerable parentesco con el tipo *Carrapatas*. Una de ellas, procedente del yacimiento argárico de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), se diferencia de las *portuguesas* en el empuñadura que dibuja una breve espiga. La posición de este hallazgo dentro de la cultura argárica plantea el problema de si se trata de un tipo argárico más o si, por el contrario —Schubart piensa que tal vez sea lo más probable— nos encontramos con un modelo ajeno, presente en una zona periférica del Argar¹³.

Incluya Blance en este grupo la alabarda de Gerona¹⁴ que no es estrictamente un ejemplar *Carrapatas* a pesar de una relativa cercanía formal¹⁵. El último hallazgo fuera de la zona típica, aparte de la alabarda que nos ocupa, se efectuó en 1972 en la finca de la Paloma (Pantoja, Toledo). El lote de materiales estaba compuesto por un puñal de lengüeta y biseles, de tipo campaniforme, cuatro puntas Palmela y dos alabardas que Harrison clasifica como integrantes en el grupo *Carrapatas*¹⁶. Las dos piezas de Toledo tienen, a diferencia de las *Carrapatas* típicas, la placa de empuñadura más desarrollada en forma de lengüeta encajando el resto de las características en el grupo portugués.

Estos mismos atributos formales están asimismo presentes en la alabarda de la zona del Manzanares con el empuñadura desarrollado y la hoja morfológicamente muy próxima a las *Carrapatas* típicas; ancha y con un nervio central que llega hasta las perforaciones de fijación al astil y biseles señalados, faltando únicamente las estriaciones marginales que muestran normalmente las piezas portuguesas.

¹² SCHUBART, H.: *Las alabardas tipo Montejicar*, en Estudios dedicados al profesor Dr. Luis Pericot. Univ. Barcelona, 1973, págs. 247-269. IDEM: *Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel*. «Madrider Forschungen». 9. Berlín, 1975, 76-87.

¹³ SCHUBART, H.: *Las alabardas...* La alabarda de Peñalosa figura en el mapa de dispersión de este elemento en la Península Ibérica; fig. 16 en pág. 268, con el signo convencional atribuido a los modelos portugueses y un signo de interrogación que encaja plenamente con las dudas de atribución que esta alabarda le plantea. Por el contrario, en *Die Kultur...*, no se incluye ya dicha pieza en el mapa correspondiente que es una reproducción del citado anteriormente (Cfr. Karte 39).

¹⁴ BLANCE, B.: *Die Anfänge der Metallurgie auf der Iberischen Halbinsel*. «Studien zu den Anfängen der Metallurgie», 4. Berlín, 1971, pág. 139.

Recientemente ha tratado sobre la alabarda gerundense F.

Martí, que señala su marcado aire atlántico. Cfr. MARTÍ, F.: *Algunas observaciones sobre la alabarda de Gerona*, en «Ampurias», 33-34, 1971-72, 289-292.

¹⁵ HARRISON: *Ireland and Spain...*, pág. 59, incluye un mapa con la distribución peninsular del tipo «Carrapatas», anotando con reservas el ejemplar de Gerona, ¿una importación irlandesa?

Así, fue indicada ya su proximidad con el grupo «Carn» según la catalogación de las alabardas irlandesas de Harrison, pudiendo ser el resultado de contactos —en el área catalana— con industrias del Bronce Atlántico a través de Francia donde habrían jugado un importante papel las cuencas del Loira y el Garona como rutas naturales de penetración. HARRISON, R.; MARTÍ, F. y GIRONÓ, R.: *Faience beads and Atlantic bronzes in Catalonia*, en «Madrider Mitteilungen», XV, 97-101.

¹⁶ HARRISON: *Ireland and Spain...*, pág. 58 y SCHUBART: *Die Kultur...*, pág. 87, nota 434 a.

CRONOLOGÍA Y CONSIDERACIONES FINALES

En el estudio de las alabardas de tipo portugués o *Carrapatas* y formas próximas se consideró siempre su parecido tipológico con las alabardas propias del mundo atlántico, siendo habitualmente puestas en relación con modelos irlandeses o ingleses e interpretados, en último término, como una muestra de la influencia británica en el área; una prueba más de las conexiones entre ambos territorios durante los comienzos de la Edad del Bronce¹⁷.

Normalmente los hallazgos de alabardas *Carrapatas* se producen de manera aislada, sin contexto, determinando depósitos siempre difíciles de fechar, lo que no ocurre con los otros tipos peninsulares que aparecen en enterramientos vinculados, por tanto, a un conjunto más amplio de elementos (así ocurre en el Argar y en el Algarve). De esta manera la posibilidad inicial de datación reside en la aplicación de una cronología comparativa basada en las similitudes morfológicas de las piezas portuguesas con los tipos irlandeses o ingleses que, a su vez, en la mayor parte de los ejemplares carecen de una información segura (no existen, por ejemplo, dataciones C-14 para el material metálico de la Irish Early Bronze Age)¹⁸. Por otro lado, similitud no quiere decir igualdad y no es imprescindible que existan relaciones filéticas entre las alabardas *Carrapatas* y las irlandesas¹⁹. La cronología de estas últimas estableci-

¹⁷ O'RIORDAIN, *The Halberd...*, 185-231. MAC WHITE, E.: *Estudios sobre las relaciones atlánticas de la Península Hispánica durante la Edad del Bronce*. Madrid, 1951, 30-31. BARTHOLO, M.: *Alabardas da época do Museu Regional de Bragança*, en «I Congreso Nacional de Arqueología». Lisboa, 1959, 431 y ss.

¹⁸ HARBISON, P.: *The Daggers and the Halberds of the Early Bronze Age in Ireland*. «Prähistorische Bronzefunde». München, 1969, págs. 48-55.

Cuando hablamos de falta de contexto para las alabardas *Carrapatas* nos referimos a una situación genérica para la mayoría de los hallazgos del grupo. Algunos ejemplares portugueses proceden de túmulos formados por un montón interior de piedras y por otro exterior sólo de tierra. En el centro de la base de estos túmulos se abría una fosa de tamaño mediano en la que se depositaban los ajuares funerarios, constituidos al aparecer sólo por alabardas. Cfr. LÓPEZ CUEVILLAS, F.: *El comienzo de la Edad de los metales en el Noroeste Peninsular*, en «Cuadernos de Estudios Gallegos», 1955, pág. 9. Los datos, como se ve, son pocos faltando referencias más detalladas que expliquen la morfología de dichas estructuras tumulares y su filiación, ya que lo conocido no concuerda con otros monumentos de cronología cercana como las conocidas cistas de la Quinta de Agua Branca y Atios.

No obstante, el hecho importante —al margen de una determinación tipológica precisa de los mismos— es que esas alabardas aparecen vinculadas a estructuras funerarias, circunstancia que nos hace pensar en el mundo atlántico, especialmente en el túmulo bretón de la Forêt de Carnoët (correspondiente a la primera fase

de los túmulos armoricanos). En este monumento —que encerraba una cista en piedra, de forma rectangular y unos 2 metros de longitud el lado mayor— fueron hallados diversos materiales metálicos propios de una tradición metalúrgica campaniforme; espadas largas con decoración de estrías marginales y espigo cercanas a otras del N.O. ibérico como la denominada espada de Santiago o la de la cista de Atios, y una curiosa hoja de puñal —con una pequeña lengüeta, fuerte nervadura central y una hoja ancha y trianguliforme decorada con líneas de estrías— que bien podría clasificarse como una alabarda *Carrapatas* típica. Metalúrgicamente se trata también de cobres con arsénico, aunque este elemento haya sido aplicado intencionalmente sobre la superficie de las piezas, a las que da un brillo especial, persiguiéndose probablemente un efecto decorativo. El túmulo de Carnoët se fecha con anterioridad al 1500 a. de J.C. y bien puede ser considerado como un modelo en el que se registran elementos de ajuar propios de diversas manifestaciones funerarias del Bronce Antiguo Atlántico; la asociación alabarda - producciones metalúrgicas campaniformes o de tradición campaniforme se constata aquí nuevamente.

Para el estudio de las alabardas *Carrapatas* resulta importante el hallazgo toledano de la finca de la Paloma. Aparte de la siempre discutible posibilidad de paralelizar sus dos alabardas con los tipos irlandeses Cotton y Clonard —paralelismo mitigado en gran parte por el indudable carácter local de la manufactura de las piezas toledanas— es aportada una valiosa fuente de información por su carácter de conjunto cerrado (trátese de un depósito o de un ajuar funerario) en el que aparecen distintos materiales en asociación. El término *Grupo Montelavar* fue creado para definir una asociación propia del campaniforme de España y Portugal constituida por puntas Palmela y puñales de espigo y biseles. La fecha asignada a este grupo, 1700-1400, es sugerida por las espadas de espigo propias del campaniforme tardío español. El hallazgo de la finca de la Paloma muestra esta coincidencia de elementos e indica una cierta contemporaneidad entre el Grupo Montelavar y los comienzos de la Edad del Bronce en el Noroeste²¹. Otra serie de testimonios permiten considerar esa probable vinculación entre los tipos metálicos del campanifor-

de los túmulos armoricanos). En este monumento —que encerraba una cista en piedra, de forma rectangular y unos 2 metros de longitud el lado mayor— fueron hallados diversos materiales metálicos propios de una tradición metalúrgica campaniforme; espadas largas con decoración de estrías marginales y espigo cercanas a otras del N.O. ibérico como la denominada espada de Santiago o la de la cista de Atios, y una curiosa hoja de puñal —con una pequeña lengüeta, fuerte nervadura central y una hoja ancha y trianguliforme decorada con líneas de estrías— que bien podría clasificarse como una alabarda *Carrapatas* típica. Metalúrgicamente se trata también de cobres con arsénico, aunque este elemento haya sido aplicado intencionalmente sobre la superficie de las piezas, a las que da un brillo especial, persiguiéndose probablemente un efecto decorativo. El túmulo de Carnoët se fecha con anterioridad al 1500 a. de J.C. y bien puede ser considerado como un modelo en el que se registran elementos de ajuar propios de diversas manifestaciones funerarias del Bronce Antiguo Atlántico; la asociación alabarda - producciones metalúrgicas campaniformes o de tradición campaniforme se constata aquí nuevamente.

Cfr. BRIARD, J. y MOHEN, J. P.: *Le tumulus de la Forêt de Carnoët à Quimperlé (Finistère)*, en «Antiquités Nationales», 6, 1974, 46-60.

¹⁹ HARBISON, P.: *Mediterranean and Atlantic elements in the Early Bronze Age of Northern Portugal and Galicia*, en «Madriider Mitteilungen», 8, 1967, pág. 112.

²⁰ HARBISON: *The Daggers...*

²¹ HARRISON: *Ireland and Spain...*

me final peninsular y la Edad del Bronce Inicial atlántica en una fase que puede estimarse en torno al 1750-1500 a. de J.C., o ligeramente antes.

En el horizonte indicado deberá encuadrarse la nueva alabarda del área del Manzanares que estudiamos en estas notas. Tanto tipológica como metalográficamente se inserta en el grupo. Su empalme de tres remaches desarrollado en forma de breve lengüeta lo pone en relación con la pieza 1 de Pantoja; el nervio bien desarrollado hasta las perforaciones y las secciones transversales, con la alabarda 2 del mismo conjunto y, en general, con los demás ejemplares de *Carrapatas*. Lamentablemente, la pobre información que tenemos en torno al descubrimiento de la pieza del Manzanares impide constatar y conocer un posible testimonio de asociación de este elemento, puesto que, como se dijo al principio, pudiera tratarse de un hallazgo más complejo figurando otros materiales entre los que pudieron contarse Puntas Palmela.

Desde el punto de vista cultural el valle del Manzanares corresponde al área de ocupación del grupo campaniforme Ciempozuelos, que tiene un cierto parecido con el denominado «Horizonte de Ferradeira» del Sudoeste peninsular. Ambos grupos son contemporáneos con el desarrollo en el S.E. de la etapa A de El Argar. En este sentido se interpreta el hallazgo de un silo con elementos Ciempozuelos en Villaverde (Madrid), que aparece por debajo de un enterramiento con características propias de el Argar B (enterramientos en «pithos»), circunstancia que vendría a significar para el conjunto campaniforme un tope cronológico que no excedería el 1500 a. de C.²² Esta fecha puede servir también como una referencia más de la ubicación temporal de elementos metalúrgicos campaniformes como el puñal de espiga que figura en el conjunto de Pantoja.

En último término —admitiendo la clasificación tipológica expuesta más arriba para la pieza del Manzanares— se trata de un nuevo informante sobre la presencia, temprana, en la Submeseta Sur de testimonios metalúrgicos propios del N.O. de la

Península que se vincula con formas finales campaniformes. Con este nuevo hallazgo sumado al conjunto de Pantoja resulta más comprensible la alabarda de Peñalosa de Baños (Jaén) localizada en un medio periférico con respecto a la cultura argárica que a pesar de su reconocida personalidad pudo haber recibido influencias de otras zonas peninsulares.

Un postrero aspecto a tener en cuenta es la posible perduración de la alabarda considerando el valor testimonial que pueda tener la presencia de este elemento en representaciones rupestres. El caso más significativo lo constituye la estela decorada de Longroiva (Beira Alta) en la que aparece «una representación antropomórfica, bastante naturalista, armada con una alabarda de tipo avanzado y astil corto»²³. Nos hallamos ante una estela localizada no lejos de la zona de concentración de los hallazgos de alabardas *Carrapatas* típicas, por tanto, en un punto muy septentrional con respecto a las estelas decoradas propias del Suroeste de la Península. Si se sigue estrechamente la cronología propuesta por Almagro Basch, «después del 800 a. de C.» podría entenderse como una evidencia importante de que estas alabardas perduraron durante mucho tiempo²⁴; casi un milenio si se acepta el término cronológico inicial indicado anteriormente. No obstante, es preciso pensar que por el momento son mucho más abundantes los testimonios materiales —las propias alabardas— que su representación plástica en rocas o estelas y que dichos testimonios apuntan hacia unas fechas más antiguas que la sugerida por la estela de Longroiva. Por otro lado, estos testimonios estético-ideológicos plantean siempre dificultades de fechación.

Si la alabarda, además, trasciende del plano material —como auténtico instrumento— al plano simbólico y como tal se recoge en manifestaciones rupestres como en Africa del Norte, etc.²⁵, resultaría comprensible su perduración como símbolo, que por su carácter intangible no debería depender necesariamente de la pervivencia o desaparición de la alabarda como arma o instrumento integrado en el

²² DELIBES, G.: *El vaso campaniforme en la Meseta Norte española*. Valladolid, 1977, págs. 154-155.

²³ ALMAGRO BASCH, M.: *Las estelas decoradas del Sudoeste Peninsular*. «Biblioteca Praehistorica Hispana», vol. VIII, Madrid, 1966, pág. 108.

²⁴ ALMAGRO: *Las estelas...*, 205. SCHUBART: *Las alabardas...*, 268.

²⁵ SCHUBART, *Las alabardas...*, 267.

Aunque poco numerosas, existen también representaciones de

alabardas en los petroglifos del N.O. de la Península: Primadorna, Conxo y Xan de Deus, que a pesar de su simplicidad tienden a resaltar el nervio central. Los elementales rasgos tipológicos que presentan son propios de alabardas metálicas de ambiente atlántico. Desde el punto de vista cronológico la fechación de estos conjuntos insculptóricos se basa, precisamente, en su comparación con armas fechables por métodos arqueológicos. Cfr. GARCÍA MARTÍNEZ, M. C.: *Representaciones de armas no arte rupestre galego*, en «Cuadernos de Estudios Gallegos», XXVIII, 1973, 122-123.

conjunto de los objetos con un uso definido en las actividades cotidianas. Cabe recordar, en este sentido que, como Schubart señaló, las armas representadas en las losas de cubrición de las tumbas de la fase

II de la Edad del Bronce del S.O. —espadas, alabardas, etc.— no aparecen entre los ajuares funerarios que integran dichas tumbas²⁶.

Oviedo, enero de 1979.

²⁶ SCHUBART, H.: *Acerca de la cerámica del Bronce Tardío en el Sur y Oeste Peninsular*, en «Trabajos de Prehistoria», vol. 28, págs. 1971, págs. 155-157.